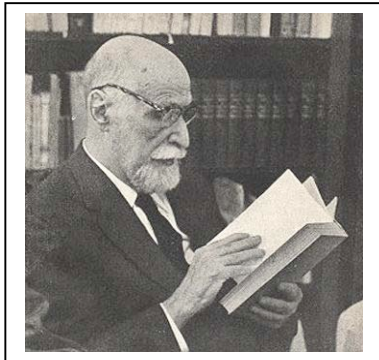


# JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y SU RELACIÓN CON LA VETERINARIA

Luis Moreno Fdez-Caparrós  
Presidente de la AMHV

[lmorfer@oc.mde.es](mailto:lmorfer@oc.mde.es)

Publicado en Revista "Centro Veterinario"  
Diciembre-2006



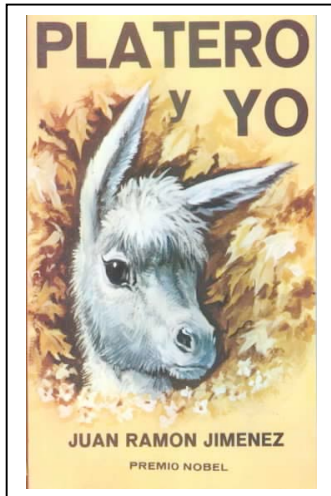
Hace dos años, en una de las amenas reuniones que la Asociación de Esposas de Veterinarios sostiene periódicamente en las dependencias de nuestro Colegio, finalizaba mi intervención ante los asistentes proponiéndoles para otra ocasión ocuparnos de la figura de Juan Ramón Jiménez y su conexión con la medicina animal. Por uno u otro motivo no fue posible hacerlo. Pero como lo cortés no quita lo valiente vaya por delante mis disculpas y he aquí el artículo que, de forma condensada,

dedico a los que ejercen la veterinaria, con una especial mención hacia las esposas y mujeres veterinarias.

## El hombre y la obra

Si he dejado para estas fechas tratar esta ilustre figura de nuestras letras es porque el 25 de octubre del presente año se cumple el Cincuentenario de la concesión del premio Nobel de Literatura a este príncipe de las letras hispanas, considerado como uno de los mejores poetas de la generación del 27 y un virtuoso de la prosa poética. Pero 1956, año del galardón, es agridulce en la vida de nuestro protagonista. Por un lado la concesión del premio Nobel y por otro la muerte de Zenobia, su mujer, aspecto éste que le sumió en una profunda depresión hasta su muerte dos años después.

*“...Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros cantando,  
y se quedará mi huerto con su verde árbol  
y con su pozo blanco.  
Todas las tardes el cielo será azul y plácido,  
Y tocarán, como esta tarde están tocando, las esquilas del  
campanario.  
Se morirán los que me amaron.  
Y el pueblo se hará nuevo cada año...”*



Fue “Platero y yo”, una de sus obras más conocidas. De su lectura se desprende que Juan Ramón tenía un conocimiento social y práctico del ejercicio de la medicina animal anterior a 1907, fecha en la que inicia la redacción de esta obra. El material del libro (que no es infantil, sino escrito para todas las edades) se inspira en los años en los que el poeta residió en Moguer:

*“Nací en Moguer, la noche de Navidad de 1881. Mi padre era castellano y tenía los ojos azules; mi madre, andaluza, con los ojos negros. La blanca maravilla de mi pueblo guardó mi infancia en una casa vieja de grandes salones y verdes patios. De estos dulces años recuerdo que jugaba muy poco, y que era gran amigo de la soledad...”*

La obra nos muestra al hombre que ha llegado a la madurez artística y metafísica. También se aprecia el final de una etapa poética (1898-1915), que los investigadores han denominado “sensitiva” frente a la segunda etapa “intelectual” (1916-1936), de más difícil comprensión por los lectores no iniciados. Juan Ramón cierra la primera fase con esta obra maestra que destaca por su unidad y coherencia interior, lograda por el ambiente apacible y luminoso de Moguer, por sus dos protagonistas principales (Platero y su amo) y por su elaboración especial de las estaciones del año. Aquí vemos que el mundo simbolista de sus primeras obras en prosa cede el paso al mundo natural del borriquillo y su dueño, un mundo concreto de gentes y cosas. Su interés principal se centra sobre la interacción del hombre con su entorno. Se tratan muchos asuntos: el carácter transitorio de la vida, la mortalidad, el amor a la naturaleza, la violencia, la fealdad, la crueldad, el dolor, la enfermedad...que reflejan la nueva preocupación del autor por los aspectos desagradables de la realidad social, por la miseria del hombre y por su crueldad con los animales, tan arraigada en algunos sectores de nuestra sociedad. Todo esto, que sigue de actualidad, aparece en contraposición con la ternura y la bondad que despliegan en el mundo natural el borriquillo y su amo. Es sin duda alguna la obra más conocida y la más traducida a otras lenguas.

### **Algunos aspectos veterinarios de la prosa poética de Juan Ramón**

Extractaré algunos capítulos de su obra para demostrar que Juan Ramón conocía el entorno veterinario.



En el capítulo primero nos describe poéticamente a Platero:

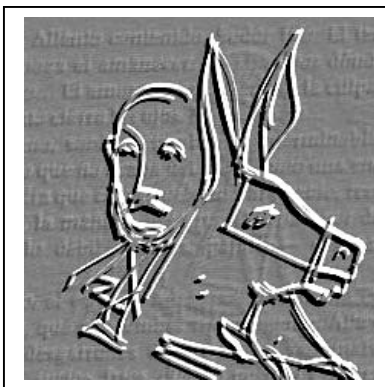
*“Platero es pequeño, peludo, suave...; Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual*

*dos escarabajos de cristal negro...; Come cuanto le doy... Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro, como de piedra...”*

La poesía y el “exterior” de los animales domésticos se dan la mano. El poeta en su descripción se refiere al asno andaluz-cordobés, procedente del *Equus asinus somalensis*, originario de Egipto, e influido por el *Equus asinus taeniopus* y que se introdujo en la Península por el Norte de África. Fue introducido en Andalucía hace más de tres mil años. Son individuos de gran alzada tanto en machos (160 cm) como en hembras (150 cm). De conformación armónica y robusta, presentan un perfil subconvexo, el cuello musculoso, la cruz alta y enjuta, el tronco cilíndrico y grupa redondeada. La capa característica es la torda clara (rucio), rodada y el pelo fino, suave y corto. El temperamento es tranquilo y apacible, y dispone de una notable energía, rusticidad y gran resistencia. Está muy aclimatado al calor y la escasez de agua. Se adaptó sin problemas al clima caluroso andaluz y se crió en dos zonas : Córdoba y la región delimitada por el Guadalquivir y el Guajaro y las localidades de Genil y Baena. La Sierra de Cazorla y Jaén desarrollaron posteriormente la cría de este asno. Fue pieza clave en las explotaciones areneras, cerealistas y olivareras de estas regiones al emplearse formando recuas para el transporte, como así lo indica el poeta:

*“Mira, Platero, los burros del Quemado; lentos, caídos, con su picuda y roja carga de mojada arena, en la que llevan clavada, como en el corazón, la vara de acebuche verde con que les pegan...”*

También ha sido utilizado como padre de la mula, animal más usado en la tracción y la carga. Los únicos asnos andaluces de raza pura censados son del servicio de Remonta de la Jefatura de Cría Caballar. Sin embargo, sin censar, puede que lleguen al centenar los ejemplares puros. Gracias a determinadas asociaciones se ha logrado sensibilizar a la opinión pública. Hoy este ejemplar requiere la protección de las administraciones autonómicas.



Vida y muerte se entrelazan. En repetidas ocasiones Juan Ramón queda impresionado por la muerte de los animales que han prestado un servicio a sus amos –su foxterrier, el burro viejo, el perro sarnoso, el canario, la yegua blanca, la perra parida...y el mismo Platero- En el capítulo once, al hablar de “moridero” es consciente Juan Ramón de la finitud del ciclo biológico. La vida discurre hacia el “*exitus*”:

*“Tú, si te mueres antes que yo, no irás, Platero mío, en el carrillo del pregonero, a la marisma inmensa, ni al barranco del camino de los montes, como los otros pobres burros, como los caballos, y los perros que no tienen quien los quiera.”*

No le gusta a Juan Ramón el espectáculo a cielo abierto de los cadáveres en descomposición, plagados de moscas y gusanos a la vista de todo el mundo. Nuestro poeta denuncia sutil y elegantemente, la falta de medios del Ayuntamiento y la ausencia de sensibilidad de las personas mayores al permitir que los niños (el futuro) asimilen tan desagradable espectáculo como algo natural.

En el capítulo doce Platero sufre un percance:

*“Entrando en la dehesa de los Caballos, Platero ha comenzado a cojear...Platero ha dejado la mano derecha un poco levantada, mostrando la ranilla, sin fuerza y sin peso, sin tocar casi con el casco la arena ardiente del camino. Con una solicitud mayor, sin duda, que la del viejo Carbón, su médico, le he doblado la mano y le he mirado la ranilla roja. Una púa larga y verde, de naranjo sano, está clavada en ella como un redondo puñalillo de esmeralda.”*

Por primera vez nos dice que Platero recibía asistencia periódica veterinaria. Que el veterinario se llamaba Darbón, y que debía tener una cierta amistad con él, pues en otras partes del libro nos describe cómo era este profesional procedente, muy probablemente de la Escuela de Córdoba, y cuales eran algunas de las intervenciones facultativas que vio practicar al profesor veterinario. Una de ellas la castración de un potro:

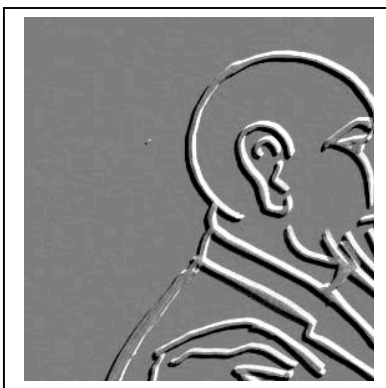
*“Era negro, con tornasoles granas, verdes y azules...Pasó, noblemente, la puerta baja del bodegón, más negro que él mismo sobre el colorado sol del Castillo...Después, saltando el tronco de pino, umbral de la puerta, invadió de alegría el corral... Allí lo esperaban cuatro hombres, cruzados los velludos brazos sobre las camisetas de colores. Lo llevaron bajo la pimienta. Tras una lucha áspera y breve, cariñosa un punto, ciega luego, lo tiraron sobre el estiércol y, sentados todos sobre él, Darbón cumplió su oficio, poniendo fin a su luctuosa y mágica hermosura.”*

El perro sarnoso, como fiel amigo del hombre, le sirvió para denunciar ciertos comportamientos muy arraigados en una sociedad caciquil sin norte, todavía debatiéndose entre el desastre del 98 y la gestación de la Primera Guerra Mundial.

*“Venía, a veces, flaco y anhelante, a la casa del huerto. El pobre andaba siempre huido, acostumbrado a los gritos y a las pedreas. Los mismos perros le enseñaban los colmillos...Cuando yo salía, el guarda, que en un ataque de mal corazón había sacado la escopeta, disparó contra él. No tuve tiempo de evitarlo. El mísero, con el tiro en las entrañas, giró vertiginosamente un momento, en un redondo aullido agudo, y cayó muerto bajo una acacia...El*

*guarda, arrepentido quizá, daba largas razones no sabía a quién, indignándose sin poder, queriendo acallar su remordimiento...*

Existían leyes protectoras de animales y plantas, pero nuestra sociedad carecía de los instrumentos necesarios para educar a sus miembros. La figura del cacique era la piedra angular sobre la que se articulaba las relaciones sociales, políticas y económicas.



Hemos apuntado que Darbón era un profesional de la medicina animal. Juan Ramón lo describe de la siguiente manera:

*“Darbón, el médico de Platero, es grande como el buey pío, rojo como una sandía. Pesa once arrobas, Cuenta, según él, tres duros de edad. Cuando habla, le faltan notas, cual a los pianos viejos...No le queda ni muela ni diente, y casi sólo come migajón de pan, que ablanda primero con la mano...Masca con las encías, y la barba le llega, entonces, a la aguilera nariz....Pero se entornece, igual que un niño, con Platero. Y si ve una flor o un pajarillo, se ríe de pronto, abriendo toda su boca, con una gran risa sostenida, cuya velocidad y duración él no puede regular, y que acaba siempre en llanto. Luego, ya sereno, mira largamente del lado del cementerio viejo: -Mi niña, mi pobrecita niña...”*

Vemos que el poeta retrata a una persona mayor, avejentada por la barba, con sobrepeso, pero con cierto vigor físico. Nos muestra un hombre bueno y sensible, de buen corazón al que Juan Ramón aprecia. Pero sus quejumbres de garganta y salivas en el pañuelo, vacilaciones chochas y manotadas ponderativas son agravadas por la falta de dentadura, lo que confiere al personaje unos tintes dramáticos al tener que mantener una conversación profesional.



Lord, el foxterrier de su padre, fue retratado con acierto como un animal de compañía, fiel y leal:

*“Cuando murió mi padre pasó toda la noche velándolo junto a la caja. Una vez que mi madre se puso mala, se*

*echó a los pies de su cama y allí se pasó un mes sin comer ni beber”*

Pero la tan temida hidrofobia también llamó a la puerta del poeta:

*“Vinieron a decir un día a mi casa que un perro rabioso lo había mordido...Hubo que llevarlo a la bodega del Castillo y atarlo allí al naranjo, fuera de la gente. La mirada que dejó atrás por la callejilla cuando se lo llevaban sigue agujereando mi corazón como entonces...”*

Aún a pesar de la rutina de Moguer, muy rica, intensa y llena de sensaciones y experiencias fue la vida de nuestros protagonistas. Un día, en el herradero de novillos del cortijo de Montemayor, Platero se acercó alegremente a los caballos para no quedarse solo con el Tonto en el camino:

*“De pronto sonó como un tiro de pistola. Platero le había rozado la grupa a un fino potro tordo con su boca, y el potro le había respondido con una rápida coz. Nadie hizo caso, pero yo le vi a Platero una mano corrida de sangre. Eché pie a tierra y, con una espina y una crin, le prendí la vena rota.”*

Esta sencilla intervención requiere un conocimiento básico de cirugía práctica. Nuestro protagonista debió haberla visto practicar al menos a los herradores o al mismo veterinario de Platero.

Ahora que está tan de moda el denominado “control de vectores”, algunos de ellos insectos voladores que tanto molestan al hombre y a los brutos, también mereció la atención de Juan Ramón:

*“Platero va chorreando sangre, una sangre espesa y morada, de las picaduras de los tábanos”*

La higiene y la salud pública la hemos de hallar en el abrevadero público cuando Platero se sobresalta:

*“Espera. ¿Qué es eso, Platero? ¿Qué tienes? .Platero está echando sangre por la boca. Tose y va despacio, más cada vez. Comprendo todo en un momento. Al pasar esta mañana por la fuente del Pinete, Platero estuvo bebiendo en ella. Y aunque siempre bebe en lo más claro y con los dientes cerrados, sin duda una sanguijuela se le ha agarrado a la lengua o al cielo de la boca.”*

Por otro lado, la antesala de la clínica dedicada a otros animales distintos a los zootécnicos y de labor, como las aves y otras especies exóticas, lo encontramos en el capítulo dedicado a la muerte del canario:

*“Mira, Platero: el canario de los niños ha amanecido hoy muerto en su jaula de plata. Es verdad que el pobre estaba ya muy*

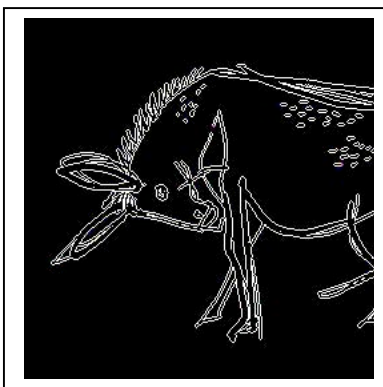
*viejo...El invierno último, tú te acuerdas bien, lo pasó silencioso, con la cabeza escondida en el plumón. Y al entrar esta primavera, cuando el sol hacía jardín la estancia abierta y abrían las mejores rosas del patio, él quiso también engalanar la vida nueva, y cantó; pero su voz era quebradiza y asmática, como la voz de una flauta cascada.”*

¡Qué buen observador fue Juan Ramón del comportamiento, sensibilidad y educación de la sociedad de principios de siglo hacia el trato dado a los animales!:

*“Vengo triste, Platero...Purita, la costurera, me ha dicho que el Sordo llevó esta mañana a la yegua al moridero, harto ya de darle de comer. Ya sabes que la pobre era tan vieja como don Julián y tan torpe. No veía, no oía, y apenas podía andar...A eso del mediodía la yegua estaba otra vez en el portal de su amo. Él irritado, cogió un rodrigón y la quería echar a palos. No se iba. Entonces la pinchó con la hoz. Acudió la gente y, entre maldiciones y bromas, la yegua salió, calle arriba, cojeando, tropezándose. Los chiquillos la seguían con piedras y gritos...Al fin cayó al suelo y allí la remataron. Algún sentimiento compasivo revoló sobre ella: -¡Dejadla morir en paz!-“*

Y el poeta insiste, en el “burro viejo”, en crear un clima de sensibilidad y protección hacia nuestros animales domésticos, sobre todo los que ya están llamados a cerrar su ciclo biológico, sea por edad, enfermedad o tara irreversible:

*“No sé cómo irme de aquí, Platero. ¿Quién lo deja ahí al pobre, sin guía y sin amparo? Ha debido salirse del moridero. Yo creo que no nos oye ni nos ve...Platero, se va a morir de frío en ese vallado alto, esta noche, pasado por el norte...No sé cómo irme de aquí; no sé qué hacer, Platero.”*



Platero también tuvo un final. La patología del tracto digestivo, eterno caballo de batalla del hipiatra, no perdonó la vida a este simpático borriquillo. Darbón no pudo hacer nada ante este cólico:

*“Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes...Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico. El viejo Darbón, así que lo hubo visto, sumió la enorme boca desdentada hasta la nuca y meció sobre el pecho la cabeza congestionada, igual que un péndulo. –Nada bueno, ¿eh? No sé qué contestó...Que el infeliz se iba...Nada...Que un dolor...Que*

*no sé qué raíz mala...La tierra, entre la yerba. A medio día,  
Platero estaba muerto.”*

Verdaderamente Juan Ramón Jiménez, nuestro poeta internacional, contribuyó a crear una conciencia de respeto hacia nuestros animales. No los colocó debajo del hombre, sino a su lado, aspecto éste que debe ser tenido en cuenta por los filósofos y teólogos del presente siglo.